

AUTORRETRATO

Montserrat Batet



Siempre me ha gustado que me cuenten historias. Mi abuela contaba un montón: relatos sobre sus antepasados que me enganchaban como si estuviera viendo una telenovela. De niña me fascinaron tanto que empecé a anotarlos en una libreta de tapas rojas, donde compartían espacio con mis dibujos monotemáticos de niñas, perros y caballos.

Poco tiempo después, la libreta de tapas rojas cayó en el olvido. Me habían regalado un cuaderno de dibujo de tapas azules maravilloso. Cuando por fin me

atreví a dibujar en él, además de niñas, perros y caballos, añadí pájaros y flores de almendro.

Reconozco que dibujé poco en el cuaderno de tapas azules. Me parecía tan maravilloso que me imponía demasiado y prefería hacer dibujos locos en el plato de la cena utilizando el puré de patatas y el tenedor o hacer grecas con los huesos de las aceitunas.

Pronto pasé a garabatear en los extremos de las hojas de mis apuntes de matemáticas, costumbre que, para desespe-

ración de algún profesor, fui extendiendo a los apuntes de prácticamente todas las asignaturas. Creo que al final me dejaron por imposible.

Después de esto, de repente, me encontré dibujando con carboncillo en papel de metro por setenta. Había papel por todas partes... (vaya, que sobraba papel por todas partes). Poco tiempo después los términos se invirtieron: sobraba dibujo y faltaba papel. También entonces aparecieron las manchas: manchas de carboncillo en la cara, de barro en las manos y de pintura en la ropa. Las manchas y los dibujos enormes duraron hasta que enrollé los papeles, desmonté las telas y paré.

Después del parón recuperé los pinceles, compré un montón de cuadernos, saqué punta a los lápices y me metí de lleno en la ilustración. Mis maestros me enseñaron muchísimas cosas. Puede que una de las más importantes sea que ilustrar no es decorar el texto, sino que consiste sobre todo en explicar lo que no está escrito en él.

Entonces recordé los relatos de mi abuela. Pensé que quizá podrían ser un buen material para ilustrar. Pero mi memoria de pez no logra recordarlos enteros. ¿Dónde habré metido la libreta de las tapas rojas?

Bibliografía

El marqués de Malaventura, Barcelona: Bambú, 2007.

